

Fuentes orales, una batalla contra el tiempo

Mikel RODRÍGUEZ*

*Yo he visto cosas que vosotros nunca creeríais
Atacar naves en llamas más allá de Orion
He visto rayos D brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tanhauser
Todos esos momentos se perderán en el tiempo
Como lágrimas en la lluvia.
Es hora de morir.*

“The Blade Runner”

¿Por qué una historia oral?

Al igual que el replicante encarnado por Rutger Hauer, una humanidad de perdedores ha padecido el saber que, con su muerte, desaparecerían mil vivencias, mil experiencias únicas e irrepetibles que nadie quiso recoger. No utilizamos aquí el término “perdedores” en un sentido político o militar, sino vital. Y conviene privar a este término de toda connotación complaciente o romántica: en el siglo xx tan perdedores fueron los *gudaris*, los maquis y los milicianos republicanos como los fascistas que cruzaron a nado el Bidasoa en 1944 para ingresar en las Waffen SS y que fueron repudiados a su vuelta por el régimen franquista. Todavía más perdedores fueron los jornaleros agrícolas, los ancianos, los analfabetos y los grupos marginados. Y, por supuesto, las mujeres consideradas como género, invisibles entre los invisibles, las mayores damnificadas de la Historia desde hace por lo menos 5.000 años.

157

Con la desaparición física de todos ellos se desvanecerá su recuerdo —salvo el muy mediatizado de sus familiares— al igual que el de todos los seres humanos que se desenvuelven y sufren una historia ágrafa. A su devenir, que Unamuno calificaría como “intrahistoria”, sólo podemos acercarnos esencialmente a través de la historia oral, mediante las llamadas “historias de vida”. Esta Historia vivenciada, biográfica, personal, contextualizada dentro de un marco cronológico general, debería constituir un fondo permanente de la Historia Contemporánea narrada en monografías y manuales. Con la carga emocional y apasionada de la historia cercana y vivida. Toda historia contemporánea honrada debe contener una historia oral.

* Mikel Rodríguez Álvarez (Oiartzun, 1967). Licenciado en Historia por la Universidad de Deusto, es profesor en el Instituto Lekaroz/Elizondo. Especialista en Historia Contemporánea y en Historia Oral, colabora con instituciones como Eusko Ikaskuntza y revistas como *Historia 16* e *Historia y Vida*, donde ha publicado docenas de artículos. Es autor de los libros *Maquis. La guerrilla vasca 1938-1962* (Txalaparta, 2000), donde relata la lucha de los guerrilleros vascos contra el franquismo, *Memoria de los vascos en la II Guerra Mundial* (Pamiela, 2002), que recompone la trayectoria vital de 19 veteranos de esta contienda y *Espías vascos* (Txalaparta, 2004).

No negaremos que esta disciplina presenta grandes limitaciones: la memoria personal e incluso la colectiva pueden organizar el olvido o fabular el pasado mejor que cualquier cronista medieval. Pero los archivos del Estado, de la Iglesia, de los partidos, de los sindicatos... también discriminan y seleccionan el documento escrito que guardarán para la posteridad.

La historia oral está de moda. Se han constituido algunas asociaciones. Fuera del ámbito institucional —principalmente Universidad, profesores de Historia de algunos institutos y Eusko Ikaskuntza/Sociedad de Estudios Vascos— quizá las más conocidas sean los diversos grupos para la recuperación de la memoria de la Guerra Civil y del franquismo que operan a través de Internet. Su labor esencial consiste en recuperar la historia oculta de los reprimidos. Perdedores a los que hasta ahora se les negó la voz y que, en menor medida, adoptaron su mutismo porque aún tenían un horizonte vital amplio y temían que sus manifestaciones perjudicarían su existencia. Pero un anciano no suele callar esperando prebendas o eludiendo castigos que ya no llegarán. Un caso concreto muy significativo fue el de algunos espías que llevaban veinte años negándose a relatar sus experiencias, pero que las narraron sin pudor como “testamento vital” cuando consideraron que su muerte estaba cercana.

Algunas reflexiones metodológicas

Desde la Universidad, principalmente la catalana, e instituciones culturales¹ se ha teorizado mucho y bien sobre los objetivos y metodología de la historia oral. A nuestro entender, hay tres principios que siempre deben guiar la técnica de esta disciplina:

158

1- CONSEGUIR UN AMBIENTE RELAJADO, NUNCA TRABAJAR CON PRISA NI FIJAR UNA PLANIFICACIÓN RÍGIDA DEL TIEMPO

Si queremos realizar una investigación oral y no tenemos gran disponibilidad de tiempo, lo mejor es que lo dejemos y nos quedemos en casa. Antes de grabar al entrevistado resulta conveniente concertar un par de citas previas para romper el hielo y generar un ambiente de empatía. Aunque el protagonista aporte informaciones desde el primer encuentro, deberemos vencer la tentación de encender la grabadora. Con cierta frecuencia, en la vehemencia del recuerdo, los entrevistados cuentan cosas a un desconocido del que poco saben y posteriormente se arrepienten. Si esto ocurre, el que no exista una grabación evitará la aparición de miedos, arrepentimiento o suspicacias que interfieran y eviten futuras entrevistas.

Los entrevistados son la mejor fuente para descubrir futuros protagonistas y también son los emisarios más adecuados para anunciar a los candidatos nuestro interés por escucharles. Muchas negativas a ser grabados se deben al miedo a hablar con desconocidos, por lo que un entrevistado contento será el mejor mediador ante sus amigos.

El establecimiento de un conocimiento previo también favorece la minimización de los temas tabúes que el entrevistado intenta soslayar con su mutismo: familia, sexo, política... En estas

1. Para quien desea ampliar la información, me remito a las actas de “Fuentes orales e historia del tiempo presente”. Eusko Ikaskuntza. Bilbao, 10 de octubre de 1993.

citas previas intentaremos mantenernos ideológicamente asepticos, sin revelar nuestras preferencias personales, para evitar el “síndrome de Estocolmo”, que el protagonista ofrezca un testimonio viciado para satisfacerlos.

La premisa de establecer un ambiente relajado y cordial puede implicar dificultades técnicas. Para algunos entrevistados, el lugar ideal para narrarnos sus experiencias será



el hogar, pero otros no querrán que entremos en su domicilio para no alterar la paz familiar o porque éste no reúne las condiciones que desearían. Esto resulta tristemente frecuente en personas mayores. Pueden desear hablar en el banco del parque —donde el ocasional paso de fuentes de sonido quizá enmascare su voz— o en un bar mientras se toman una cerveza. Debemos explicarles las dificultades técnicas de la grabación en ciertos entornos, pero no imponer nuestro deseo. Si el entrevistado se empeña en colocarse en una mesa junto a un baffle, le grabaremos unos segundos y rebobinaremos la cinta para comprobar si resulta inteligible. Si no es así, seguro que será el primero en querer cambiar de lugar. Si no podemos conversar en su domicilio, seamos imaginativos y utilicemos nuestros recursos y los de la ciudad: nosotros hemos grabado en parques sin niños, bares sin música, salas vacías de un hogar del jubilado, una autoescuela fuera del horario de apertura, *batzokis* y *casas del pueblo*, un Instituto de Bachillerato por la tarde y hasta unas palomeras.

159

2- RECOGER TESTIMONIOS NO ES ENTREVISTAR

La mejor fuente oral es aquella en que nuestra intervención resulta inexistente o se reduce al mínimo. Hay que permitir que el protagonista exprese lo esencial para él, que a menudo no coincidirá con nuestras prioridades por diferencias de edad, de género, culturales... Jamás hay que guiarle en función de nuestros intereses, nuestra hipótesis de trabajo o tendencias ideológicas. La alimentación, la ropa, los bailes del domingo, el/la primer/a novio/a o cualquier cuestión que quizá nosotros consideremos una digresión accesoria, muestran su concepto vital, sus prioridades... que son las que hay que recoger. Quizá la política partidista, las relaciones con el patrono, el maestro y el guardia civil o su intervención en una campaña militar resulten secundarias para él. El protagonista es el entrevistado, no nosotros.

Hay que interrumpir lo menos posible su discurso, incluso si descubrimos algún error en fechas o nombres propios. Sólo si este error puede arrastrarse y causar algún desajuste posterior intentaremos corregirlo de forma cortés y lo más indirecta posible. Una pregunta retórica es más útil que una afirmación para reorientar la narración o aclarar una inexactitud. Resulta

esencial que el entrevistado no se sienta “examinado” sobre su propia vida, aunque caiga en inexactitudes. Estas inexactitudes siempre se podrán aclarar posteriormente en forma de nota durante la transcripción.

Resulta frecuente que una persona mantenga ciertos tabúes: el sexo, la religión, la familia, el partido... Hay que respetarlo y soslayar estas cuestiones si el entrevistado las rehuye. Sus silencios siempre serán más significativos que un discurso falso o vacío.

3- ELUDIR EL EMBELLECIMIENTO DE LA TRANSCRIPCIÓN

La transcripción debe ser rigurosa y es necesario realizarla personalmente, aunque escribamos con dos dedos. El mecanógrafo más profesional y veloz puede cometer errores importantes porque no necesariamente conocerá muchos de los nombres propios pronunciados ni podrá apoyarse tanto como nosotros en el conocimiento del contexto para transcribir las palabras mal articuladas. Por las mismas razones hay que descartar el uso de programas informáticos de reconocimiento de voz.

A la hora de pasar las cintas al ordenador o al papel, comprobaremos que lo que suena bien frecuentemente se lee mal, por la repetición de ciertas palabras, frecuencia de muletillas, puntuación errática... El lenguaje oral puede resultar chocante o gramaticalmente incorrecto al leerlo, pero hay que evitar la tentación de pulir y embellecer la transcripción. Resulta frecuente no entender algunos topónimos y nombres de persona. Aunque creamos saber cuáles son, nunca hay que escribirlos sin antes comprobarlos con el protagonista. A veces resulta conveniente que la persona grabada lea u oiga de nuevo sus declaraciones, pues quizá se haya producido alguna elipsis o la trastocación cronológica de los hechos debido a las habituales digresiones y a la falta de práctica en contar sucesos de larga duración, como una vida entera.

160

¿Documento oral versus documento escrito? Algunos casos concretos

Todas las fuentes suman y el resultado siempre es superior a la unión de los sumandos. Resulta falso contraponer testimonios orales y documentación escrita, así como establecer incompatibilidades. El positivismo historicista de Ranke era tan insatisfactorio en su pretendida objetividad como una historia basada exclusivamente en la memoria. La fuente oral presenta enormes limitaciones: es la Historia subjetiva por antonomasia, descuida los aspectos cuantitativos, no permite realizar un análisis económico certero ni aporta una visión global de la realidad. En ocasiones, ni siquiera aclara sucesos muy concretos. Todavía me asombro de las *cuatro muertes* de Prudencio Orbiz, un combatiente de Villava durante la II Guerra Mundial. Fue la primera baja mortal de su unidad, el Batallón Gernika, por lo que suponía que sus compañeros recordarían bien el caso, su *bautismo de sangre*. Pero no era así. Uno me dijo que *pisó una mina cuando volvía al cuartel, murió con mi chaqueta. Otro que desanilló una granada en una escaramuza con los alemanes, dio un mal paso, se le cayó la bomba y lo mató. Un tercero que nunca supe como murió* y el cuarto, que falleció durante un combate nocturno entre dos patrullas por fuego enemigo. Pero también es cierto que en ocasiones la fuente oral recti-

fica de forma definitiva a la documentación escrita. Durante cincuenta años se lleva publicando que el general De Gaulle saludó a la ikurriña el 21 de abril de 1945, pronunciando las siguientes palabras: *La France n'oubligera jamais á les basques*. Ninguno de los presentes oyó jamás aquella frase. El generalísimo no abrió la boca: saludó a la ikurriña y a la bandera republicana en silencio y se fue. A todos les hubiera encantado escuchar aquella frase de reconocimiento, pero no se pronunció. Sin embargo, algunos historiadores, periodistas y políticos recurren a la supuesta cita de De Gaulle en cada aniversario de la liberación de París o del final de la II Guerra Mundial.



Si no es mediante la historia oral, ¿cómo saber de las andanzas del contrabandista? ¿O de los obstáculos concretos para la formación de un sindicato en un pueblo navarro durante los años treinta? ¿Cómo conocer cómo entendían el sexo y/o el amor, las grandezas y miserias de la vida cotidiana, las relaciones de amistad y familiares ese 99'9% de la sociedad que no ha dejado sus memorias por escrito? Una frase lapidaria servía a un ribero para describir la represión durante el sangriento verano del 36: *Mira, yo sólo sé que a los que mataron, todos tenían las manos llenas de callos*. Sólo 16 palabras, ni una más ni una menos. Pero más significativas en su minimalismo que muchos ensayos.

161

La fuente oral también tiene su campo fuera de lo cotidiano, entre los avatares excepcionales de aquellos afortunados que escaparon al repetitivo esquema vital de la mayoría. Una guipuzcoana que marchó a la URSS como cuidadora de los "niños de la guerra" nos narraba su sorpresa ante los avances sociales soviéticos, pero todo palidecía frente al recuerdo del frío: *Ese invierno en Kiev conocimos lo que era el frío. Nos dieron ropa de abrigo rusa, mientras que las ucranianas, viendo nuestras prendas de verano, nos decían: "¡Estáis desnudas!". Yo creía que exageraban, pero ya, ya. Nos dieron bragas que llegaban hasta las rodillas, abrigos, jerseys, faldas, calcetines, zapatos, botas y chanclas. Al ver la ropa, que era feísima, muchos dijeron: "¡Yo con esas pintas no voy!". ¡Pues al final acabamos poniéndonos toda aquella ropa junta!".*

Incluso sobre temas que se han estudiado ampliamente, la visión del protagonista no significado resulta a menudo más reveladora que la del mejor historiador. Los recuerdos de los combatientes en nada se asemejan a las monografías de historia militar. Un veterano narraba su asalto al *Atlantic Wall* nazi de forma insospechada. Tras atiborrarlos de vino y cognac, les dieron la señal de ataque: *Fue después de comer cuando comenzaron los asaltos y, sin hacer mucho calor, yo sentía calor por todos los lados. La noción del tiempo se me pasó. Íbamos corriendo de un punto a otro, yo de proveedor del fusil ametrallador. En cada sitio que parábamos, lo primero que hacía era encender un cigarrillo en medio del escándalo. Gastamos todos los cargadores que llevábamos y los de otros dos. Luego me di cuenta de que había*

fumado un montón y que habíamos disparado muchísimo, de lo que deduje que había pasado mucho tiempo. Una de las cosas que más noté fue la sed. Mataron a un cenetista, un chico mayor que nosotros, Juan José Jausoro, bilbaíno, de la CNT. Aquel era un antifascista hasta las cachas. Y la bala que le mató atravesó el paquete que llevaba en el bolsillo. Yo le cogí el paquete, que estaba manchado de sangre, saqué los cigarrillos, separé los que estaban manchados y me los fumé. Esta descripción de un combate parece sacada de La delgada línea roja de James Jones, otro veterano, pero en vano buscaríamos algo similar en cualquier libro de las editoriales San Martín, Osprey o Aldaba Militar.

El mundo *underground* es otro ámbito que debe abordarse esencialmente desde la historia oral. No queda constancia escrita de las órdenes de la Dirección del maquis señalando los supuestos traidores que los guerrilleros debían eliminar. Pero esas órdenes todavía queman en la memoria de los escasos supervivientes. Recuerdo con sorpresa como un espía infiltrado en la Legión española no consideraba importante la labor por la que le entrevistaba, informar a los Aliados sobre la situación militar en Marruecos en vísperas del desembarco en el Norte de África en octubre de 1942. Según él, lo esencial y lo que realmente se le requería era proporcionar decenas de juegos de documentación y acreditaciones para que los demás miembros de su organización lograsen burlar a la Policía. Los Aliados podían obtener la información que él proporcionaba mediante otros medios, pero aquellos salvoconductos y cédulas de identificación que salvaban vidas sólo podía conseguirlos él. Esa era una realidad tan poco

162

espectacular que no interesaba a los historiadores. Lo mismo que sus argumentos éticos para tirar la toalla y retirarse de las redes de información de la CIA en Belgrado en 1951: *Cuando coges cariño a una persona, cuando te dedicas a una causa, cuando palpas a un pueblo y te gusta... no puedes traicionarlo. Yo buscaba los argumentos para luchar contra aquella gente, buscaba argumentos. Pero no encontraba ni la dignidad ni los argumentos. Me estaba dejando allí los sentimientos, cantando con ellos canciones de la guerra de España y minado a sus espaldas. Así que le escribí a Mitxelena, diciéndole que había tomado una decisión y que me volvía.*

